REGIONAL JOU

—¡De dragones! ¿Y su nombre?

—Esperad que lo recuerde: como es un apellido gabacho, no sé si lo diré bien.

—¡Decid!

—Pues, si no digo algún disparate, se llamaba *Lacruá Dupí.*

—¡Lacroix-Dupuy! Y ¿apareció muerto, decís?

—De una puñalada en mitad del corazón.

—¿Y Rosario?

—Nada se ha sabido de ella: hasta ahora es un misterio impenetrable su paradero y la parte que tuvo en la muerte del capitán francés. Pero creo que os he dicho ya sobradas cosas, y la madre superiora va á extrañar que tenga tan prolongadas pláticas con un seglar esta humilde sierva del Señor. Quede con Dios, hermano.

—Oíd: estáis hablando con el comandante de la Princesa, Enrique Méndez.

—¡Qué escucho! Entonces, acérquese su merced y preste oído.

Acercóse Méndez al torno, y oyó la voz de la portera que murmuraba:

—Procure ver al padre Fr. Anacleto y decirle que no fíe demasiado en su suerte, porque le ha dado tan extraño delirio á la madre Consuelo que no hace más que hablar de un sayal ensangrentado y de que Fr. Anacleto andaba enamorado de Sor Rosario, y me temo que no haya traslucido hoy algo de esto la policía francesa cuando ha estado aquí.

—¡Fr. Anacleto! Y ¿quién es Fr. Anacleto?

—Es un recoleto, confesor nuestro, el cual estará tal vez preso.

—Bien: haré por verle. ¡No sabéis cuánto me interesa lo que me contáis!

—Ahora, vaya vuesa merced con Dios, y vuelva á verme.

Méndez se retiró con la cabeza trastornada por lo que acababa de saber.

¡Rosario fuera del convento y sin saber dónde paraba! ¡Lacroix-Dupuy muerto al pie de las tapias del huerto! ¡Un fraile preso! ¡Una monja delirando!... ¡Tenebroso misterio!

Convenía ver al fraile: él debería saberlo todo siendo el confesor del monasterio. ¡Ah! ¡Pero era *el confesor!*... Confesor, como lo había sido D. Ciriaco, es decir, frío y mudo como la losa de un sepulcro. No importaba, sin embargo: había que aclarar aquel misterio. Aquello era inconcebible, inaudito, incomprensible, absurdo. ¿Rosario fuera del claustro?... Pero ¿cómo podía ser que no estuviese Rosario en el claustro? Sin duda había querido robarla el capitán y ella le había dado muerte: eso debía ser. Mas, entonces, ¿por qué no daba conocimiento de ello á la superiora? ¿por qué no volvía al convento? ¿Quién había de saber que había sido ella la matadora si los muertos no hablan?... Pero ¡qué idea! La tornera le había dicho que la madre Consuelo exclamaba delirando que Fr. Anacleto andaba enamorado de Rosario, que hablaba de un sayal ensangrentado... No cabía duda entonces: el fraile había muerto á Lacroix. Pero ¿y Rosario?

Méndez se perdía en un mar de conjeturas, sin pensar ni por un momento que Rosario hubiese podido hacer traición al amor de Espinosa.

Por la noche fué al convento de Recoletos, y allí supo que los franceses se habían llevado preso el día antes al que buscaba.

VI

Méndez se dirigió, al ser de día, á la cárcel de villa.

Hacía las veces de alcaide un formidable capitán de granaderos, coronado por una colosal gorra de pelo y emboscado el rostro tras de unas aborrascadas y fieras barbas capaces de desempeñar un lucido papel aplicadas á las cabezas de moro que suelen figurar al pie del órgano en antiguas catedrales.

Méndez se enteró de que el capitán se llamaba M. Fermin de la Fanfare, y que tras de aquella espantable catadura se escondía un temperamento esencialmente filarmónico.

El comandante concibió alguna esperanza de poder ver al preso lisonjeando las inclinaciones artísticas de M. de la Fanfare.

Para ello se propuso emplear sus talentos de tenor y de consumado profesor de clavicordio, en cuyo doble concepto despuntaba notablemente.

Vistióse, pues, de petimetre y se dirigió á visitar al cancerbero.

Ninguna idea podía obligarle tanto á usar de todos los recursos de la fuerza y de la astucia como la de descorrer el velo que ocultaba aquel extraño misterio; pues si nunca hubo algo que no se le pudiese ocurrir jamás á Méndez, era que fuese capaz de sufrir el más mínimo cambio aquel inconmovible amor

que unía á Espinosa y á Rosario. Antes hubiera concebido que pudiese acontecerle algún inesperado contratiempo á él respecto de Matilde, que no al brigadier respecto de su constante amiga y casi camarada. De ver convertido en humo y arrojado al viento el amor de Rosario, no había que confiar ya ni en la solidez de la tierra ni en el orden natural de las cosas. Era algo tan extraño, que Méndez estaba tan ajeno de creerlo como de imaginar que todos los españoles habían renegado de su patria y de su religión y échose franceses y protestantes.

Sin embargo, luego fué reflexionando con más calma, y empezaba ya á imaginar la posibilidad de una traición. ¡El corazón de la mujer ofrece tan pocas garantías de solidez!

Pero Rosario no era como las otras: desde que la conocía había creído lo mismo, porque no tenía motivos para otra cosa.

Y ¿por quién habría sido Rosario desleal á Espinosa?

¿Tal vez por aquel Fr. Anacleto que yacía sepultado en lóbregas mazmorras, por un fraile, por un recoleto, es decir, un monje que debe guardar con más rigor que otro alguno la regla de su orden y cumplir con más severidad que los demás los votos pronunciados al abrazar la vida monástica?

¿Qué habría encontrado Rosario en un religioso para olvidar lo que debía al bizarrísimo militar, para cometer un sacrilegio, en vez de unirse en santo é indisoluble lazo?

¡Pero no: Rosario no podía hacer eso! Era demasiado honrada y demasiado discreta.

El fraile lo sabría todo, y si tenía tanta bondad como él había oído decir, sin duda que le sacaría de dudas, á lo menos respecto á la fidelidad de Rosario para con su amante y futuro esposo.

VII

Absorto en estos pensamientos llegó Méndez á la cárcel de villa y preguntó por el capitán La Fanfare.

Los sones de una flauta que preludiaba la sinfonía de *La caza,* de Mehul, le indujeron á creer que el *virtuoso* instrumentista sería, sin duda, el capitán alcaide.

Un tremendo gastador, armado de descomunal zapapico, se paseaba á grandes pasos por delante del rastrillo interior.

—*¿Qui-va-là?*—gritó con voz desaforadamente destemplada el centinela.

—*Un proffessore di musica che desia parlare al signor comandante,*—respondió Méndez en mal italiano, pero comprensible para el granadero.

Entendió éste que no podía menos de ser agradable al capitán La Fanfare la visita de un artista italiano que vendría á distraerle del aburrimiento en que le tenía aquel prolongado aislamiento musical á que se veía reducido en Madrid todo ser dotado de afición al divino arte, y se apresuró por lo tanto á franquear el paso á Méndez, que sintió cerrar tras sí otra vez la verja.

Monsieur de La Fanfare recibió con hosco semblante al improvisado músico, que en chapurreada franco-hispano-italiana algarabía procuró enterarle de que el objeto de su visita era ofrecerle sus servicios como maestro de canto y profesor de clavicordio, suplicándole se hiciera cargo de que la extremada penuria á que se veía reducido en Madrid, á donde le había llevado su mala estrella, le hacía acreedor á la protección de las personas amantes de las bellas artes y sobre todo del arte musical, tan abandonado y menospreciado en la corte desde la muerte del gran Farinelli.

Añadió Méndez que, enterado de las eminentes cualidades de *dilettante* que adornaban á M. de La Fanfare, según acreditaba el brillante estado en que se encontraba la música de su regimiento, no había vacilado en acudir al magnánimo corazón de su excelencia, rogándole dispusiese de todo cuanto valía y mostrándose dispuesto, en pago á los auxilios pecuniarios que de él recibiera, á convertirle en ejecutante de primera fuerza y en *virtuoso* cantante antes de que hubiese pasado un mes desde que recibiese sus lecciones.

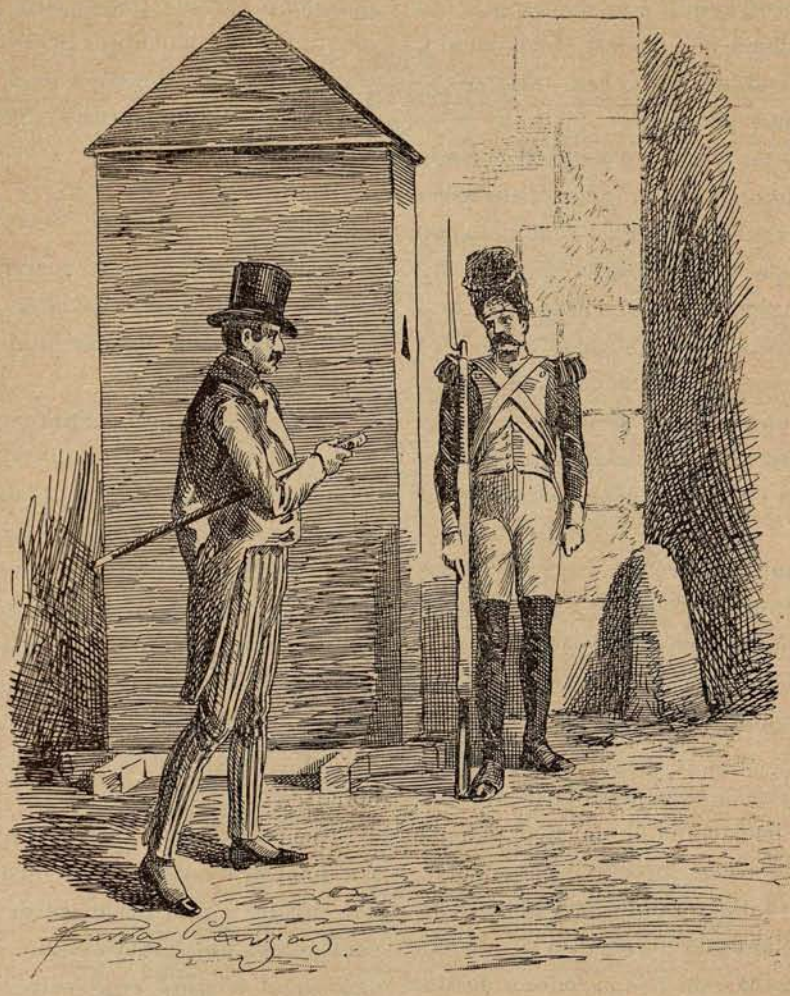
Así se expresó, en gárrula y tenoresca charla, el comandante Méndez, por entonces Fabrizzio Piccolomini.

No le habían inmutado á Méndez los frecuentes esguinces con que se torcía la feroz carátula del capitán al compás de la inagotable facundia del parlanchín artista, y esperó impávidamente la contestación á las generosas ofertas con que le había procurado deslumbrar.

Rompió, por último, su mutismo el alcaide y con

un vozarrón que hubiera envidiado el enano de la venta, exclamó en un idioma que parecía haberse formado con todos los dialectos de Francia y del Piamonte, algo que, traducido al español, venía á decir poco más ó menos esto:

—Me tiene sin cuidado que os veáis reducido á la penuria y no me importan un pito vuestras habilidades musicales. Yo toco la flauta por casualidad *(sic)*, y me basta con este instrumento para entretenerme los ratos que estoy aburrido. Si hubiese de menester maestros de música, tengo en la cárcel profesores de toda clase que me enseñarían mejor que vos, tan



—*¿Qui-va-là?*—gritó con voz desaforadamente destemplada el centinela.

sólo en pago de que no les tuviera tan cargados de cadenas y les concediera un poco más de alimento. Conque largaos de aquí, señor músico, que no estoy yo para aprender el clavicordio, instrumento bueno tan sólo para afeminados *pekines* (paisanos).

VIII

No le salía la cuenta al signor Piccolomini dándose por vencido, y, en su consecuencia, sin prestar grande atención á la encendida rubicundez de que se tiñeron las mejillas, orejas, ojos, frente y calva del capitán al ver que se aprestaba el visitante á espetarle otra tirada tan larga y pesada como la proverbialmente insufrible relación de Theramenes en la *Fedra* del divino Racine, volvió á la carga.

Apeló entonces á los generosos sentimientos de un oficial francés, de uno de aquellos héroes de Lodi, de Arcola, de Marengo, de Eylau, de Elchingen, de Friedland, de Walsteldorf, de Hoff, de Ulma, de Cabezón y del Puente del Arzobispo, para que no dejara en el desamparo á un piamontés, que de otra ma-

nera se vería obligado á ganarse la vida con el auxilio de algún oso danzante y semoviente. Ponderóle la gloria que resultaría para M. de La Fanfare si figurase su nombre al frente de una dedicatoria de alguna sinfonía titulada *La batalla de Austerlitz,* ó de alguna sonata con el epígrafe de *El 6.° de granaderos en las orillas del Vístula,* etc.; y por último concluyó por pedirle que á lo menos utilizase sus servicios como doméstico oficioso suyo, en calidad de barbero, ayudante de cárcel, maestro de armas, ó cuando menos portero.

Fuera de sí el capitán y aterrorizado al considerar que aquel pegajoso artista no saldría de allí si no le echaba por la ventana, pareció reflexionar un instante y concluyó por ofrecerle una plaza de músico sencillo en el regimiento *Real Extranjero,* que, según las instrucciones del emperador, debía formarse con los alemanes, napolitanos y demás extranjeros mercenarios que se hallaban al servicio de España cuando estalló la revolución y que entonces no deseaban otra cosa que encontrar quien los pusiese á sueldo.

Piccolomini se manifestó profundamente agradecido á la oferta de M. de La Fanfare, y exclamó que jamás olvidaría aquel inapreciable beneficio, en prueba de lo cual le daría gratis aquellas lecciones de canto que á cualquiera le hubieran costado un doblón por sesión.

La Fanfare rehusaba tamaña muestra de aprecio; pero en vista de la insistencia del músico, y harto de oirle hablar por los codos, concluyó por aceptar, prometiéndose empero dar terribles órdenes al portero para que en adelante no permitiese la entrada á aquel émulo de Fígaro ó de *Los enfadosos* de Molière.

Creía el alcaide verse libre para siempre de la presencia del moscón, cuando éste se puso otra vez á hablar para maldecir á los españoles, y especialmente á los frailes, que con sus furibundas predicaciones infundían á los insurgentes la idea de resistencia al gran poder del gran Napoleón.

—Uno tenéis ahí,—exclamó,—que de seguro si me viera se moriría de espanto al contemplar ante su presencia al hermano de leche del desdichado Lacroix-Dupuy. ¡Oh! ¡Cómo le afearía yo su conducta, cómo le haría revelar el espantoso secreto que le movió á asesinar á mi desventurado camarada, á aquel que, os lo juro, me esperaba anhelante y á quien buscaba yo con ansia desesperada! ¡Ah! ¡Si yo hubiese encontrado aquí á Lacroix-Dupuy, no, no le hubiera muerto ese frailote fánatico; no, os lo juro por mi vida y por el honor de todos mis antepasados!

Llamóle la atención á La Fanfare el calor con que se expresaba el signor Piccolomini, hasta el punto de que éste le manifestó que, ya que tanto había querido á Lacroix-Dupuy, iba á enseñarle al fraile que figuraba como autor presunto de su muerte.

—Pero yo me figuro, á deciros verdad,—añadió La Fanfare,—que no fué el fraile quien lo mató.

IX

Siguieron por oscuros corredores, bajaron lóbregas escaleras y se detuvieron ante una puerta en cuyo centro había una ventanilla enrejada con barrotes de hierro.

—Mirad,—le dijo La Fanfare.

Al través del ventanillo, y á la débil claridad de un rayo de sol que apenas podía penetrar por una alta y estrecha reja que servía para dar luz al calabozo, vió Méndez á un fraile vestido con pardo sayal, echado sobre un montón de paja y apoyada la cabeza en un haz de palmitos que le servían de almohada. Era el fraile joven y bello, pálido el rostro, triste y como sumergida en hondos pensamientos la hermosa cabeza, guardando toda la actitud de un mártir.

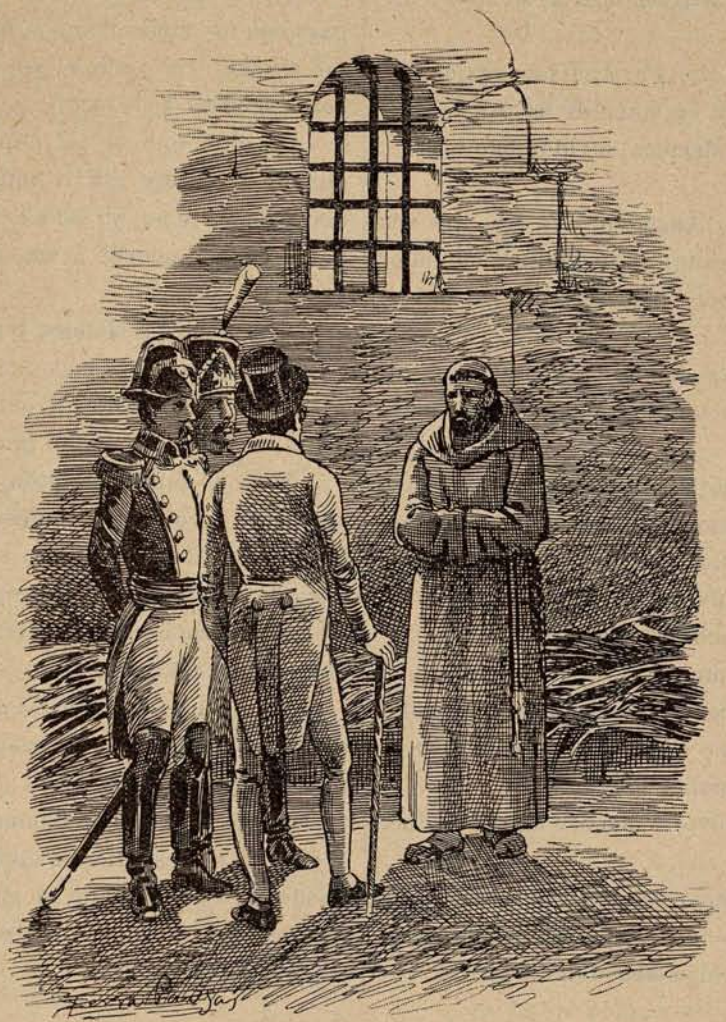
El semblante del religioso expresaba una pena tan amarga y un dolor tan verdadero y tan intenso, que Méndez sintió desaparecer de su ánimo la prevención con que había venido. No, no era posible que aquel hombre, con rostro y actitud de santo, hubiese cometido un crimen. ¡Y no uno, sino dos!

¡Pobre Fr. Anacleto! Allí yacía, solo, resignado, convertido en viva imagen de la desventura. Para aquel hombre no había más consuelo que la paz de su conciencia. Víctima inocente de las intrigas del mundo, sin protección de nadie, indefenso, juguete de la calumnia, se veía acusado sin pruebas, sin fundamento, sólo porque, siendo confesor de las novicias, una novicia había huído, y había aparecido, á la vez, asesinado un oficial imperialista. ¿Qué sería de él si se descubría el ensangrentado sayal que al punto se reconocería por suyo? ¿Cómo desvanecer la aplastadora prueba de que había sido él el matador?

Méndez vió que el fraile se levantaba del suelo y se hincaba de rodillas, haciendo oración, juntas las manos, elevados al cielo sus ojos.

Entonces pudo examinar mejor su fisonomía: pudo fijarse en las dolorosas arrugas que surcaban su frente, en sus ojos hundidos, en la amarga contracción de sus labios, en la marmórea palidez de sus mejillas, en la firme erección de su cabeza, en la resignada quietud de sus manos, en el fervor de su plegaria.

¡Oh! ¡No! ¡Jamás aquella diestra podía haberse manchado en sangre! ¡Jamás aquella cabeza pudo



El recoleto hizo con la cabeza una señal negativa.

concebir ideas de asesinato y de lujuria! Era un recoleto, era digno de serlo, digno de llevar hasta lo último el sacrificio de los goces mundanos, el aniquilamiento de las humanas flaquezas.

X

Méndez sintió que brotaba de su corazón infinita compasión y simpatía por aquel desgraciado.

Y cuando notó que le corrían por las mejillas silenciosas lágrimas y que se escapaban de su pecho tristísimos gemidos, no pudo contenerse y lloró también.

La Fanfare abrió la puerta del calabozo y entró seguido de Méndez. Éste hizo una seña á Fr. Anacleto, sin que pudiese advertirlo el francés.

—Aquí tenéis,—dijo al preso,—á un grande amigo del difunto capitán: sed franco con él, y decidle qué motivos os obligaron á darle muerte.

Fr. Anacleto miró á Méndez, que no cesaba de hacerle señas á escondidas del carcelero.

—Si erais amigo suyo,—contestó sencillamente el

preso,—unid á las mias vuestras oraciones para que Dios haya recogido en su seno el alma del desventurado.

Méndez cogió instintivamente la mano del religioso y la llevó á sus labios.

La Fanfare quedó asombrado con aquella inesperada acción, y, dirigiéndose á Méndez, exclamó:

—¿Luego no creéis que Fr. Anacleto sea el asesino de vuestro amigo y hermano de leche?

Méndez contestó con firmeza, olvidándolo todo:

—Así es: no lo creo.

Volvióse luego á Fr. Anacleto, y le dijo otra vez con su acento chapurrado, pero dando á entender con los ojos á su interlocutor que era fingido su lenguaje:

—Y ¿no sabéis qué ha sido de la monja?

El recoleto hizo con la cabeza una señal negativa.

—Era novia,—añadió Méndez,—de un bribonazo de coronel español, que Dios confunda, lo mismo que á todos los brigantes que no vacilan en hacer armas contra nuestro invicto emperador. ¡Cómo va á rabiar el coronel cuando lo sepa!

Fr. Anacleto seguía mudo.

—No sería malo,—continuó el infatigable hablador,—que se la hubiese llevado alguno de los que andan con él, algún español...

El fraile le miró y volvió á menear la cabeza negativamente.

—¡Ah! ¿No?—continuó Méndez espantosamente pálido.—¿La monja no huyó con ningún español?

La cabeza del fraile hizo otro signo negativo.

Dominando la violenta emoción que le oprimía, pudo Méndez añadir con voz entrecortada:

—¿Huyó, pues, voluntariamente con un francés?

El fraile hizo que sí con la cabeza.

—¡Vive Dios, que me alegro, M. de la Fanfare! ¡Me alegro, me alegro! ¡Creedlo! ¡Oh, qué gusto!

—Sí, eso dice siempre Fr. Anacleto: que la cosa pasó con un oficial francés, que el oficial francés no fué el matador... ¡qué sé yo! En fin, yo creo que ese pobre hombre está loco.

—Os digo que el tal Espinosa va á divertirse cuando le entere algún amigo suyo de que un oficial francés le ha birlado la novia. ¡No sé cuánto daría yo por conocer á ese nuevo conde de Almaviva!

El fraile miró á Méndez y murmuró:

—Es fácil siempre encontrar *la torre de la encina*.

Méndez comprendió al punto el apellido, pero no así el capitán, que quedó *in albis*.

—Vamos, vamos, capitán,—repuso Méndez;—y, en cuanto á vos, Fr. Anacleto, quedad tranquilo: ya cuidaré yo de proveeros de todo y de estar á la mira de que vuestro *sayal* vuelva á ser cuanto antes el *consuelo* de las pobrecitas franciscanas. Dejadlo todo á mi cargo.

Estas últimas palabras las pronunció con comprensible intención, y, cogiendo del brazo al capitán, exclamó en voz alta:

—¡Cómo va á rabiar Espinosa!

Méndez se despidió del capitán La Fanfare, y éste quedó algo preocupado al reflexionar que el maestro Piccolomini parecía saber otras muchas cosas además de música.

CAPÍTULO VII

Méndez trabaja

I

La *torre de la encina* era, en francés, *Latour-Duchesne.*

¡Latour-Duchesne! ¡Nombre odioso, nombre de un enemigo de España! ¡Méndez le conocía por ser el del capitán de uno de los escuadrones que tomaron la batería de Somosierra!

Esto era horrible, inconcebible, inimaginable.

Espinosa no podría resistir la fatal noticia. Al vender su amor, Rosario había vendido á su patria, á su familia y á su Dios. ¡Era más que un sacrilegio!

¡Rosario amante de un francés! ¿Había algo más absurdamente afrentoso?

¡Hacer traición á aquel noble caudillo por un favorito de Bonaparte!

El digno comandante ardía en deseos de venganza. Su ira no cabía en su corazón: tenía fiebre.

Pensó qué resolución tomaría.

No podía usurpar á Espinosa el derecho de matar al que le había robado la mujer amada, la futura esposa, la hermosa compañera de su vida.

Era preciso, pues, verle cuanto antes para que tomara venganza de aquel oprobio, correr al Norte por entre los caballos de los franceses desparramados por las llanuras de Castilla, penetrar en los desfiladeros de Asturias vigilados por las tropas de Soult, buscar al brigadier en algún rincón de Galicia y dejarle que abofetease á Latour-Duchesne y matase á la espúrea española, traidora á la fe jurada.

Pero Méndez vió aparecer ante sus ojos la dolorosa fisonomía de fray Anacleto, aherrojado, calumniado, amenazado de tener que sufrir afrentoso suplicio, abandonado por todos, víctima inocente, mártir, santo.

Al considerar que aquel hombre estaba encerrado en lóbrega cárcel, sin esperanza, ni protección, ni amistad alguna, el noble corazón de Méndez no dudó en lo que debía hacer: se trataba de salvar á un inocente, á un infeliz, á una mísera criatura, á un pobre perseguido, á un desdichado juguete de atrocísima calumnia.

¿Qué auxilio podían prestar á su hermano en desgracia los pobres recoletos, orden humilde, sin influencia, despreciada y para nada tenida en cuenta? Tratárase de poderosas comunidades, aristocráticas, ricas é ilustradas, y podía esperar algo; pero ¿qué cabía confiar de aquellos paupérrimos frailes?

Verdad es que las franciscanas formaban una influyente asociación, pero las salesas no podían tomar la defensa de su confesor, al que acusaban, por lo bajo, de ser el autor del homicidio y del rapto.

II

Méndez volvió, con todo, á indagar algo de nuevo en el suntuoso monasterio, fingiéndose portador de una carta para la fugitiva.

Fuése, pues, para el convento, y por casualidad no estaba desempeñando las funciones de portera la madre Patrocinio de San Gabriel.

Así que preguntó por Sor Rosario, entró un cura, que aguardó á que él hubiera concluído de hablar para tomar vez.

—¡Ave María Purísima!—dijo Méndez con voz sacristanesca, vestido en aquella ocasión con traje de menestral.

—¡Sin pecado concebida!—respondió una voz monjil.

—¿Haría su reverencia la merced de entregar á Sor Rosario una carta que aquí traigo para ella, de apremiante urgencia, de parte de un amigo de la familia?

—Vaya, hermano, con Dios, con ese papel, que no es aquí donde debe dejarle.

—Pues ¿dónde quiere que lo deje, mi reverenda madre?

—En vitandos lugares, hermano, que no aquí, pues días hace que ha desaparecido Sor Rosario de nuestra santa compañía.

—¿Qué es lo que oigo, reverenda madre?

—Sí, hermano: ya no está aquí la descarriada oveja.

—En ese caso iré á ver al padre Fr. Anacleto, en los Recoletos, por si sabe dónde ha ido á pacer esa extraviada oveja que decís, pues sé que él era su director espiritual.

—Excúsese el camino, hermano, que tampoco encontrará en los Recoletos al padre Anacleto, sino preso y encarcelado en la cárcel de villa.

—¡Misericordia divina! Pues ¿por qué está en la cárcel?

—Excuse preguntas, hermano, y vaya con Dios, que otros se lo dirán. Y téngale el cielo en su santa guarda y procure no dar ningún mal tropiezo, que los dos que ha dado aquí han sido bien desventurados.

No quiso decir más la tornera, y parecióle á Méndez que nada más diría. Retiróse, pues, y salió á la calle, sin ver que le seguía el cura.

III

Al llegar á la plaza del Rey oyó tras de sí una voz que decía:

—¡Buen hombre! ¡Eh! ¡Buen hombre!

Volvióse Méndez y se encontró con el clérigo de marras.

—¿Tenéis mucha prisa, hermano?—le preguntó el capellán.

—No mucha.

—Entonces seguiremos juntos.

Méndez miró con desconfianza á su acompañante, y éste con vivo interés á Méndez.

Anduvieron en silencio un corto trecho, y al llegar á la calle de las Infantas díjole el cura:

—He oído, hermano, que traíais una carta para Sor Rosario. Soy grande amigo de D. Ricardo Espinosa, y creed que me convendría saber si es suya la epístola.

—Decidme, antes de responderos,—exclamó Méndez receloso; —¿vos conocéis al brigadier Espinosa?

—Es íntimo amigo mío; y si vos lo sois también, como presumo, me extraña que le vayáis con misivas suyas á Rosario Albenza, sabiendo, como debéis saber, que ha desaparecido del convento.

—Realmente, os puede parecer extraño á vos, que decís conocer á Espinosa y que sabéis que no está Sor Rosario en las Salesas; pero no á mí, que jamás he visto á tal brigadier é ignoraba la ausencia de la tal novicia. Habláraisme de Garroyo, de Méndez, de Guerrero, y de otros así, y yo os respondería que sí los conozco y son amigos.

El cura entonces cambió de tono y exclamó:

—Soy Miranda, amigo de todos ellos. ¿Quién sois vos?

Méndez no quiso todavía fiarse de su acompañante y dijo:

—Yo soy un pobre menestral que estuve al servicio de la Princesa.

—¿Eh? ¿De la Princesa? Pues entonces no hay que dudar: sois Méndez.

—¿Qué Méndez?

—Basta de precauciones: sois el hermano de mis amigos, el amante de Matilde, el valeroso comandante, el compañero de Sanjuán. Gracias al cielo, encuentro un brazo para ayudarme y un corazón para compartir mis sentimientos. Corramos, amigo mío, á mi casa ó á la vuestra, donde queráis, porque tenemos que hablar mucho y hacer más.

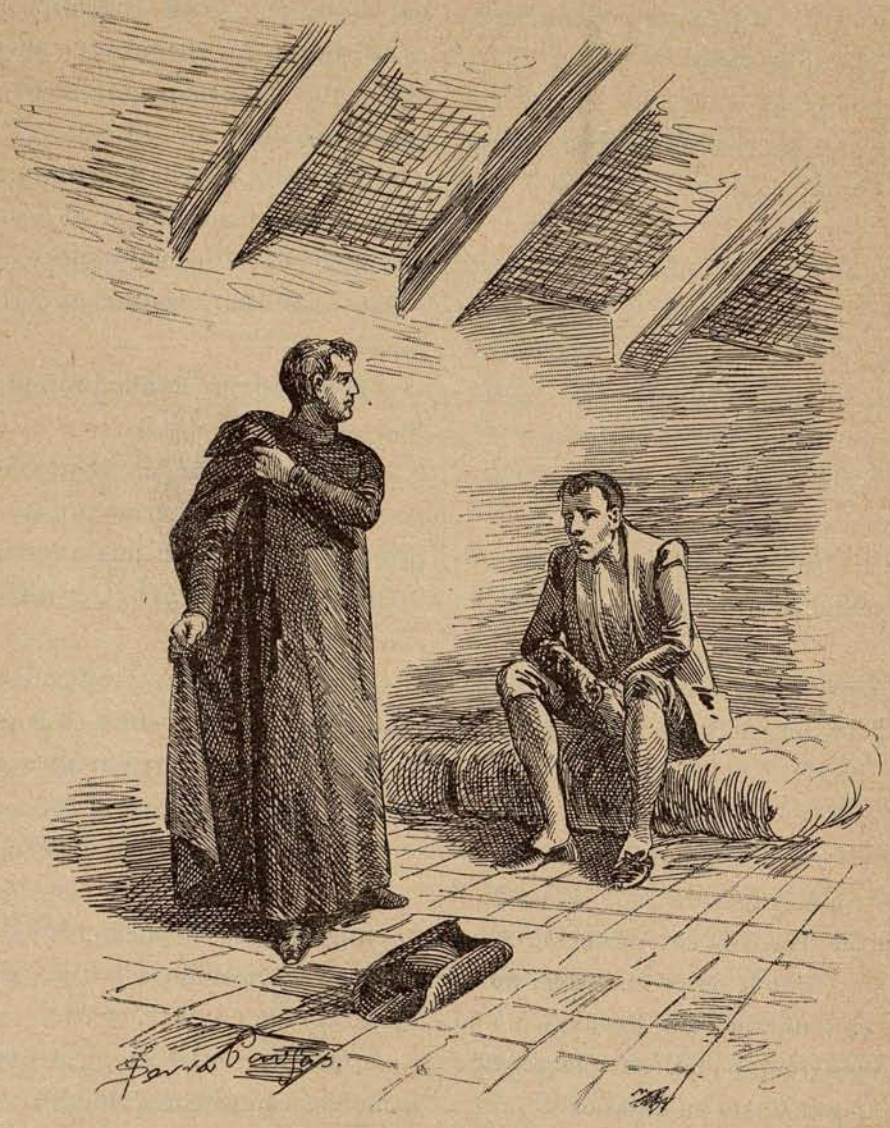
—Vamos á la mía, Sr. Miranda.

Los dos apretaron el paso y llegaron á una modestísima vivienda de la calle del Rollo.

IV

Subieron una empinada escalera hasta llegar á una vasta buhardilla, clara y glacial. Méndez se sentó en un jergón que yacía sobre el suelo, y Miranda en un banco, únicos muebles de aquella estancia.

Miranda arrojó el sombrero de teja, el manteo y la sotana, y apareció con toda la característica figura de audaz aventurero que le distinguía, vestido á usanza de los majos de aquel tiempo.



—Soy Fernando Miranda...

—Soy Fernando Miranda, hijo del general venezolano,—exclamó,—republicano, conspirador, justiciero de Kindeland, después, en unión con Garroyo; amante de Carmen Mendoza, la amiga de Rosario Albenza; y al presente jefe de un complot para apoderarnos de la persona de José Bonaparte, vecino del Pardo. He sabido que Rosario huyó, que se encontró muerto de una puñalada al capitán Lacroix y que está preso Fr. Anacleto de la Transubstanciación, confesor del convento. Nada más. Al ir allí para tratar de inquirir algo por medio de mi Carmen, me ha interesado el recado que llevabais, que bien se ve ser una excusa, pues nadie en Madrid ignora lo ocurrido, y por eso he querido saber quién erais, diciéndome el corazón que nos llevaba allí el mismo motivo. Hablad vos ahora.

—Soy Enrique Méndez, en efecto, y tengo de vuestras altas prendas lisonjeras noticias. Sé que sois un valiente, un decidido liberal y que no vivís sino por el triunfo de las nobles ideas. Os pido, pues, que me ayudéis en una obra, no de caridad, sino de rigurosa justicia. Hemos de salvar á Fr. Anacleto, injustamente encarcelado, acusado de un crimen que no ha cometido, vituperado por una acción que jamás

ha ideado. El matador de Lacroix no sé quién es, pero el que ha huído con Rosario, ó, mejor dicho, el amante de Rosario, pues ella le ha seguido voluntariamente, se llama Latour-Duchesne.

—¡Extraordinarias noticias!—repuso Miranda.—¡Imposible parece lo que decís!

—Han puesto preso á Fr. Anacleto y es inocente: os respondo de ello. Yo le he visto.

—Tenía yo el intento de tratar de hablar con Carmen por si sabía algo de este misterioso asunto, pero vos me lo decís todo.

—¿Todo?

—¡Oh! Sí: Latour-Duchesne estaba en Nyborg cuando ocurrió la muerte de Julieta, le hablaría de ello á Rosario, no sé cuándo ni en qué ocasión, y, despechada ella, se le habrá entregado para vengarse de la noble amargura que sintió Espinosa y que habrá tenido él buen cuidado en abultar y darle el sentido más conveniente á sus fines.

—¡Qué rayo de luz! Sí, sí: eso habrá sido. No puede ser de otra manera. Pero ¿y la muerte de Lacroix?

—Eso es lo más misterioso y lo que no me explico.

—¿Y cierto sayal ensangrentado y la pasión de un fraile por la novicia?

—¡Profundo misterio!

—¡Oh, sí! ¡Estamos en presencia de un secreto que parece impenetrable, y lo será más aún por el carácter de confesor de que está revestido Fr. Anacleto! Él, aunque sepa quién es el matador, no lo revelará; aunque sepa dónde está Rosario, no lo dirá; y suponiendo todavía que pudiese aclarar algo esos puntos, ¿cómo llegar hasta su calabozo?

—Sin embargo, no podemos abandonarle: debemos salvarle á toda costa.

—Pensemos, pues, en lo que se puede hacer.

—Una idea se me ocurre,—exclamó de pronto Miranda.—¿Podría servirnos de algo la cooperación de Petra, la amante de Garroyo? El comandante me dió las señas de su casa para que pasase á verla. Desde que regresó del Norte reside en Madrid, oculta en una mercería de la calle del Mesón de Paredes.

—Tal vez sí: me place que Petra se encuentre cerca de nosotros, pues es tan generosa como inteligente.

—Iré á verla y podremos reunirnos aquí esta noche, dentro de dos horas.

—Sí: á las ocho os aguardaré y entretanto procuraré hacer algo.

V

Lo que Méndez hizo fué procurarse un uniforme del regimiento *Real Extranjero* y presentarse con él al capitán La Fanfare, no sin llevar una carta en el bolsillo para entregar á Fr. Anacleto si acaso conseguía verle.

Entró en la cárcel de villa y al punto se le franqueó el paso hasta llegar al despacho del alcaide ó, por mejor decir, comandante.

Éste quedó sorprendido al verle vestido de soldado *jurado*.

—Veo que os han admitido en seguida, señor Piccolomini,—le dijo.

—Al momento, mi capitán; y por eso venía á daros las gracias por haberme abierto este camino, tan á propósito para lucir mis aficiones y conocimientos artísticos. Y ¿qué tal? ¿Qué dice vuestro interesante recoleto?

—Todo sigue en el mismo estado, Sr. Piccolomini. El preso se obstina en negar que sea el asesino, y al mismo tiempo rehusa contestar cuando se le pregunta si sabe quién es.

—Os repito que en mi opinión es inocente.

—También en la mía, pero la comisión militar no lo entiende así, y, considerándolo como cómplice del delito, va, sin duda, á sentenciarle á la última pena, ejecutándole en garrote vil.

—¡Qué horror! Eso sería una iniquidad que no cometerán nuestros... amigos.

—Además han llegado hasta el tribunal rumores de que en el convento hay una monja que presenta señales de locura y que entre frases incoherentes pronuncia el nombre de Fr. Anacleto y habla de un sayal ensangrentado, y de que Fr. Anacleto tenía amores con la fugitiva, cosas todas que corroboran los indicios de que el preso tuvo parte en el crimen, más ó menos directamente.

—Pero las apariencias pueden engañar, como engañan con harta frecuencia: ¡sería terrible condenar á muerte á un inocente!

—¿Qué le hemos de hacer nosotros? Nada: vos á tocar la música, yo á custodiar los presos; y no nos metamos en honduras.

—Es verdad, que esto es lo que racionalmente

debe ocuparnos tan sólo. Como dice *Cándido,* hay que pensar en cultivar nuestra huerta; pero ya comprenderéis que á los artistas, por ser como somos seres de viva imaginación, nos afectan las desgracias del prójimo y nos dejan impresionados más de lo que debieran. Así es que no podéis figuraros cuánto compadezco al desventurado Fr. Anacleto.

—Me hago cargo de cuanto decís, Piccolomini.

—Y yo os agradecería me dejaseis verle otra vez, pero sin hablarle, porque me afectaría en extremo. Permitidme contemplarle tan sólo por la ventanilla.

—No tengo inconveniente en ello, aunque está muy oscuro ahora por no haberse encendido aun las luces.

—Eso no importa. ¡Ah, pobre hombre! ¡Pícaros, maldecidos españoles, que tal muerte dieron á mi desventurado amigo y ahora dejan que se las componga como pueda ese infeliz religioso!

Méndez siguió al capitán, acercóse al ventanillo, hizo como que miraba por él y dejó caer un papel al través de los barrotes.

Al cabo de algunos minutos Piccolomini se retiró diciendo á La Fanfare:

—¡Ese espectáculo me parte el alma! Voy á distraerme un poco haciendo ensayar á la música la marcha de Marengo, composición original mía que espero ha de agradaros. Contiene, sobre todo, un obligado de flauta figurando una arenga del emperador, que necesariamente habrá de figurar en lo sucesivo en vuestro repertorio.

Retiróse Méndez, y cuando estuvo encendida la linterna Fr. Anacleto vió y recogió el papel, el cual decía así: «Vendrá una mujer á veros. Fiad enteramente en ella y haced cuanto os diga. Vuestros amigos os salvarán á toda costa.—*El comandante Méndez.*»

El pobre religioso dejó caer la cabeza sobre el pecho, murmurando tristemente:

—¡Salvarme, salvarme! ¡Sólo Dios puede conseguirlo! ¡Bendiga, sin embargo, á esos nobles corazones que compadecen mi desgracia y no vacilan en creer en mi inocencia!

VI

Á las ocho de la noche llamaban á la puerta de la destartalada habitación de Méndez un hombre y una mujer. Abrió al punto Méndez y se encontró en presencia de la más garbosa maja que pisase las calles de Madrid y de un honrado mercader de los barrios bajos. No hay que decir que eran la siempre seductora Petra y el incansable Miranda.

—Saludo á la valerosa compañera de nuestras glorias y fatigas,—exclamó Méndez dirigiéndose á la joven,—y le deseo toda la suerte de que es tan digna.

Petra contestó con una graciosa sonrisa, y á una señal de Méndez se sentó en la banqueta.

Un candil de mortecina luz y un barreño de ceniza y carbones encendidos prestaban claridad y calor, menos que suficiente, empero, á la buhardilla.

El comandante sacó de una alacena una botella de amontillado y una copa, y bebieron los tres, uno tras otro, en el mismo vaso.

—Así no habrá nada secreto entre nosotros,—dijo Petra.

La joven estaba más bella que cuando la veía Méndez en el campamento de Stralsunda ó á la cabecera del lecho donde yacía herido, en el hospital de sangre. Lucían esplendorosamente sus ojos garzos bajo los rizos de sus opulentos cabellos castaños. Destacábase la intensa blancura de su tez sobre el fondo azul de la descuidada mantilla, y aparecía en todo su gracioso relieve la algo arremangada nariz, que parecía aspirar el perfume de unos labios de clavel. Cruzadas las piernas, derecho el cuerpo y alternativamente levantado y vuelto á descender el egregio seno, no podían verla ojos humanos sin llenarse de admiración ante tan acabado conjunto de perfecciones.

—Petra,—le dijo gravemente Méndez;— honrada eres, buena y generosa, y vas á sentirte horrorizada cuando sepas una noticia que he de darte, antes de pedir que vengas en nuestro auxilio para salvar á un inocente, víctima de una infamia: Rosario ha vendido á Espinosa, huyendo con un militar francés.

Petra se levantó como si hubiese aparecido ante ella alguna monstruosa visión.

—Comprende, Petra, toda la villanía de esta infamia,—repuso el comandante.—Mientras Espinosa derramaba su sangre en el campo de batalla, ella preparaba su fuga con ese paniaguado de Bonaparte, faltando á su honor de mujer, de española y de amante. Murió un hombre de resultas, y se acusa de

haberle asesinado á un desventurado que jamás hizo otra cosa que consagrarse al bien, practicar la caridad y rogar á Dios por nosotros y por todos. Mira ahora si es terrible la situación de Espinosa y del pobre fraile, calumniados y befados... ¿por quién? ¡por esos miserables napoleónicos, verdugos de España!

—¡Es espantoso lo que decís, comandante Méndez!—respondió la maja.—¡Parece que es un sueño lo que oigo!

—¡Para tu pobre corazón esas cosas son incomprensibles, Petra; pero sabe Dios cómo tienen el suyo otras mujeres! ¡Sabe Dios á dónde puede conducirlas su soberbia, su amor propio, su afán de sobrepujar á las demás y la envidia y la torpe lujuria! ¿Qué harías tú si supieras que Garroyo ama á otra?

Tornáronse pálidas las rosadas mejillas de la joven y exclamó arrebatadamente:

—¡Me mataría! ¡Oh, sí! ¡Creed, que me mataría! ¡No lo podría resistir!

—Pues ya ves tú cómo piensas de diferente modo que Rosario; porque si Espinosa hubiese dejado de amarla, de seguro que, en lugar de matarse, lo que hubiera hecho habría sido huir con otro, como lo ha verificado sin que Espinosa haya cesado de adorarla del modo que te adora á ti Garroyo, del modo que ama Miranda á su Carmen, del modo que quiero yo á mi Matilde. Pero Rosario no siente como ellas ni como tú, y, llevada del demonio del orgullo, despechada ó inducida tal vez por infernal deseo, ha abandonado al bravo militar que la idolatraba, al gran patriota y al honrado caballero que debía ser su esposo, para fugarse con un francés, dejando en las garras del enemigo invasor á una víctima inocente para que caiga sobre ella el castigo de la muerte cometida con ocasión de su fuga.

—Decidme qué he de hacer y disponed de mi,—repuso Petra.

—Creo,—continuó diciendo Méndez,—que sería preciso hacer desaparecer de donde está el sayal manchado de sangre. Para ello habría que indagar dónde para, y eso puede decírnoslo Fr. Anacleto. Hay que hacer, por lo tanto, que Petra se vea con el preso y que éste la informe de dónde ha ido á parar aquel hábito. Hay que enterarnos asimismo de qué ha sido eso del enamoramiento del recoleto: Petra podrá indagarlo también cuando hable con el fraile. Habrá que hacerle entender á éste los lazos que unían á Rosario con Espinosa y preguntarle por el paradero de Latour-Duchesne: el raptor de la novicia. Veremos si consiguiendo disipar las apariencias que podrían condenar á Fr. Anacleto, podremos hacer que salga absuelto: de no alcanzarlo, tendremos que imaginar algún medio para procurarle la fuga.

—Está bien,—contestó Petra.—Mañana temprano veré de hablar con el encarcelado.

—Y ¿cómo vas á lograrlo?—replicó Miranda.

—Dejadlo para mí: ya veréis cómo os daré noticias suyas.

Al rayar el alba, Petra se presentaba en la cárcel de villa y pedía se le dejase ver á Fr. Anacleto de la Transubstanciación, en concepto de sobrina suya, para llevarle algunas provisiones y pedirle ciertas noticias para celebrar una novena al Santo Cristo de San Sebastián, impetrando de la divina imagen el favor de que quedase patente la inocencia del acusado.

El centinela llamó al portero, y éste, después de dirigir á Petra los consiguientes requiebros, le dijo:

—El padre Anacleto fué puesto en libertad ayer á las diez de la noche.

¿Qué había pasado?

CAPÍTULO VIII

De cómo un puñal, además de matar, puede dar la vida

I

El viaje de Rosario y Latour se verificó en terribles condiciones.

La nieve cubría los campos y los montes y hacía intransitables los caminos.

Napoleón, que había salido al día siguiente de efectuarlo la franco-hispana pareja, se encontró detenido forzosamente en Guadarrama.

Cuentan, en efecto, las crónicas, que, como si los elementos, por rara excepción, quisieran venir entonces en auxilio de los atribulados españoles, el tiempo, que hasta aquel día había sido magnífico, varió repentinamente en el instante mismo en que el emperador se disponía á desbaratar á los ingleses, nuestros aliados, y en que más necesidad tenía de obligar á sus tropas á hacer marchas forzadas para conseguirlo.

Ello es que si hasta entonces no había parecido que se estuviese en pleno invierno, se presentó éste, de pronto, con todos sus más crueles y naturales atributos.

La veleidosa fortuna aparentaba deseos de volver la espalda al vencedor de Austerlitz, enviándole, en vez de sol, huracanes y tempestades de nieve precisamente cuando le era tan necesario no perder momento para dar alcance á los socorros británicos.

Napoleón, pensativo y sombrío, murmuraba sordamente contra el destino, que, concediéndole la victoria contra la Europa coaligada, se la negaba obstinadamente siempre que se trataba de la rencorosa é implacable Albión.

Iba á caballo el emperador, recibiendo con estoica impavidez la lluvia torrencial que se desplomaba de las nubes, calando hasta la médula su augusta y cesárea persona, cuando observó que al llegar al pie del Guadarrama se detenía la columna.

Impaciente ante aquella parada, siendo así que hubiera querido que las tropas tuviesen alas para volar, mandó á un ayudante con terribles órdenes para que siguiera la marcha; pero la cosa no era tan fácil como creía Bonaparte.

La artillería se había atascado en la nieve, obstruyendo el paso á la columna; las cureñas desaparecían hasta la mitad de las ruedas, y los cañones iban hundiéndose en la espesísima capa de la helada alfombra; la guardia imperial estaba aglomerada en las gargantas de la sierra, y todo hacía suponer que habría que emprender la retirada hacia Madrid por estar los pasos obstruídos por la nieve.

Lo que no habían conseguido las diez y seis piezas del infeliz Sanjuán lo alcanzaba la naturaleza: Napoleón tenía un mal enemigo en los elementos.

Los guías se resistían á seguir adelante, cono-

ciendo el peligro de aventurarse por los desfiladeros y el riesgo inminente de quedar sepultados por los aludes.

II

Bonaparte, sin embargo, no quería retrasarse ni de media jornada: veía á los ingleses derrotándole, derrotándole á él en persona, y eso no podía ser.

El emperador no sentía el frío de aquella mañana terrible, por más que el barón Larrey, su cirujano, le hubiese advertido que el termómetro marcaba nueve grados bajo cero.

—Si es así,—contestó Napoleón,—hace el mismo frío que en Eylau, cuando derroté á los rusos.

Dirigiéndose luego á Savary, díjole en imperioso tono:

—Mandad á los cazadores de la guardia que desmonten, se coloquen á la vanguardia con los caballos y vayan abriendo camino á los demás.

El general volvió al cabo de un corto rato, manifestando que quedaba cumplida la orden.

—Ahora á nosotros toca dar el ejemplo,—dijo. Y echando pie á tierra fué á colocarse en medio de los cazadores, trepando con ellos y apoyándose de vez en cuando en su fiel sabueso.

Savary temblaba de frío, mientras el emperador parecía arder.

Al fin pasó el ejército para desdicha de la nación; pero, una vez hubo penetrado en las llanuras de Castilla, el fango vino á reemplazar la nieve, y los franceses se encontraron metidos en un inmenso lodazal. La infantería podía avanzar algo, pero á la artillería no le era dable moverse.

—Parece este país el que ocupábamos entre el Oder y el Vístula hace dos años,—murmuró Napoleón.—Cualquiera diría que estamos en Polonia en vez de pisar tierra de Castilla.

—Señor,—respondió Savary,—la semejanza es realmente sorprendente al contemplar esas llanuras anegadas y esos arenales que recuerdan en un todo los paisajes ribereños del Netzer.

Sin embargo, y contra la voluntad del cielo y de la tierra, consiguió llegar el emperador á Arévalo el día 24.

Al entrar él, salía del pueblo un ataúd llevado en andas por dos infelices jornaleros. Sobre el ataúd lucían las insignias de un oficial francés.

Napoleón frunció el ceño, hizo dar media vuelta al caballo y fué siguiendo el triste convoy.

Los portantes nada habían notado y continuaban su camino en dirección al cementerio.

Savary iba detrás de Napoleón.

El emperador acompañó hasta el campo santo el pobre féretro, y, bajando del caballo y lleno de coraje y de furor, penetró en el mortuorio recinto.

Los dos gañanes habían depositado el ataúd en el suelo y liaban un cigarrillo.

Napoleón se acercó y se puso á examinar la cruz de la Legión de honor, el casco con distintivo de capitán de cazadores de á caballo y la espada del difunto.

—¿Á quién enterráis?—exclamó el emperador.

—Á un capitán francés que se ha pegado un tiro,—respondió uno de los paisanos.

—¿Cómo se llamaba ese capitán?—repuso Bonaparte.

—Ahí tenéis la fe de óbito si queréis saberlo,—contestó el otro.

Y alargó al emperador de los franceses un papel no muy limpio.

Napoleón desplegó la hoja, y sorprendido exclamó:

—¡El capitán conde de Latour-Duchesne! ¡Sensible pérdida he tenido!

Savary se acercó, y Napoleón le entregó el papel para que leyese.

—¡Ved!—le dijo.

—¡Latour-Duchesne!

—Sí: en Somosierra estaba al lado del conde de Segur.

—¿Le habrán asesinado?

—No: ha sido un suicidio, según parece.

—¡Imposible! Y ¿por qué había de suicidarse? Señor, creed que le habrán asesinado: estad seguro de ello.

—¿Quién puede responder de no pegarse un pistoletazo?—murmuró Bonaparte.

Devolvió el papel al paisano que se lo había entregado, y dijo:

—¿Sabéis bien que él mismo se haya disparado el tiro?

—Pues ¡no lo he de saber! ¿cómo queréis que vaya nadie á ponerle á otro un arma debajo de la barbilla y le haga salir la bala por lo más alto del cráneo? Y ¿quién de aquí es capaz de ir á matar á nadie cuando va acompañado de una buena moza?

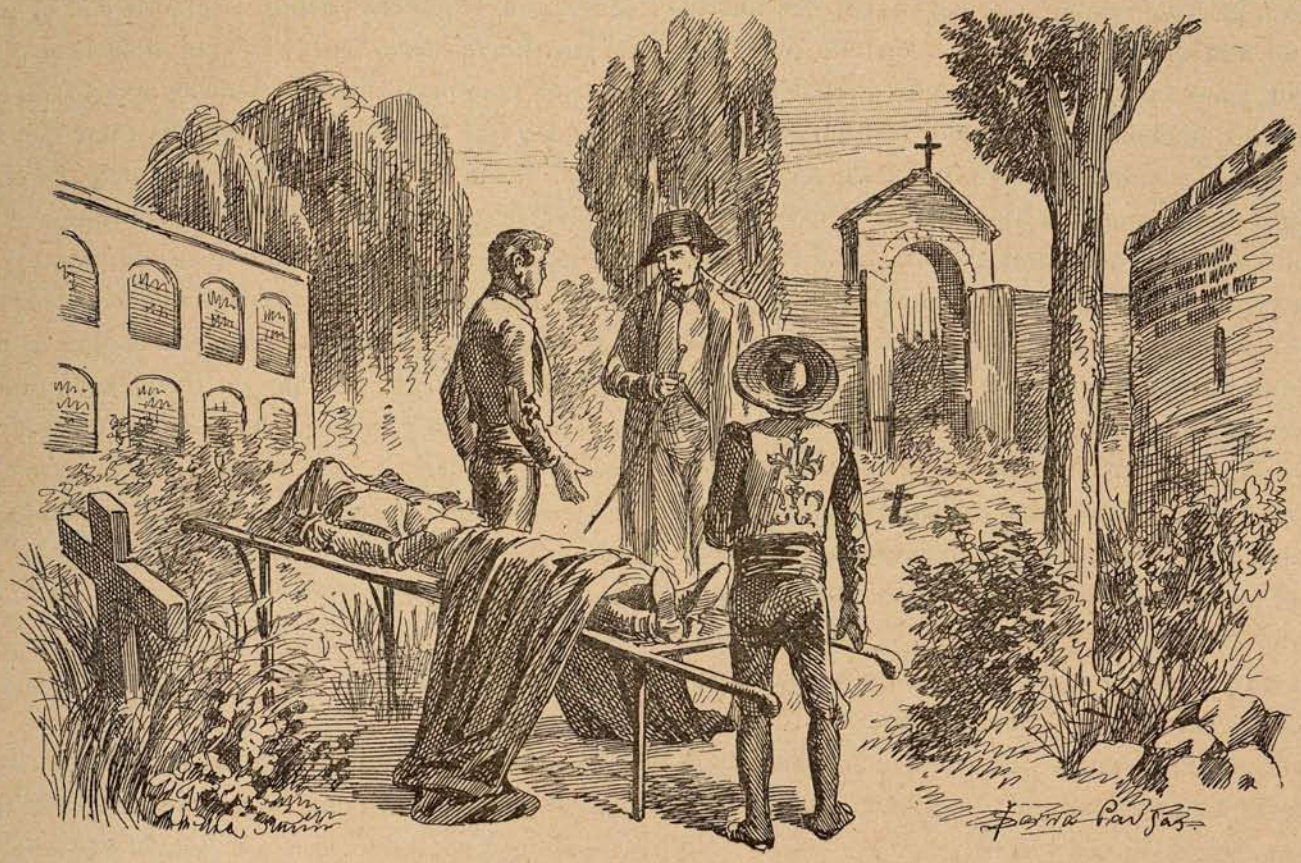
—¡Una buena moza! ¡Bah! ¡Pues entonces ya lo comprendo todo! No le creía tan simplón á Latour-Duchesne. Vamos, Savary.

III

Napoleón hizo un gesto desdeñoso y fué á reunirse á galope con la columna.

El enterrador había dicho la verdad: el conde de Latour-Duchesne se había suicidado disparándose un pistoletazo.

¿Qué había motivado aquel inesperado desenlace cuando todo parecía sonreir al brillante capitán de cazadores de la guardia? ¿Estaba destinada Rosario á sembrar de cadáveres su camino? ¿Qué funesto influjo obraba sobre ella que así caían á sus pies, tronchados por la adversa suerte, los ensangrentados cuerpos de dos hombres en la flor de la juventud?



—¿Á quién enterráis?—exclamó el emperador.

¿Qué era de aquella joven tan pura, tan serena, tan amante, tan simpática y virtuosa? ¿Cómo aquella naturaleza, que parecía encerrar todos los cariños, y que si era capaz de sentir vehementes pasiones eran en cambio las más nobles y elevadas, podía haberse convertido en terrible volcán que vomitaba la muerte y el estrago á su alrededor? ¡Cruel trasformación, menos rara de lo que se creería! ¡Así se ven empezar existencias que parecen nacidas para florecer en puras y tranquilas esferas, y se ven trasportadas por el huracán de la vida á las regiones donde se fragua el rayo! ¡Así se ven comenzar alegres y deliciosas mañanas que terminan en desoladora tempestad! ¡Así el río, de sereno curso en sus primeros giros, conviértese en tempestuosa corriente, y la verde pradera en que apacientan cándidas ovejas tórnase feroz campo de batalla, donde celebran su festín los cuervos y los hambrientos lobos!

¿Quién podrá jamás responder del destino humano? ¿Quién podrá pronosticar si el generoso adolescente no parará en sanguinario asesino? ¿Quién podrá asegurar que la tímida doncella no se convierta en desenvuelta meretriz y que la meretriz infame no se trasforme en nueva Magdalena? ¿Cómo saber el desarrollo que tomará un carácter cuando tantas causas pueden alterarlo? Para en místico fundador el valiente guerrero de Loyola, y en aleve asesino el ministro de paz. Llega al trono imperial la impú-

dica cortesana, y desciende á la hedionda celda de la mancebía la mujer del César. Muere degollado el rey de Francia, y ocupa su puesto el oficial que, falto de dinero, ofrecía á la Rusia sus servicios, que no los aceptó por considerar excesivo galardón reconocer el grado de comandante al futuro amo de Europa.

No, no hay certeza ni lógica en la existencia humana: brotan chispas de caridad del pecho de un malvado, y se escapan ráfagas de perversidad del corazón del justo. Marat felicita á Cazotte por haber salvado la vida á un aristócrata cuando las matanzas de Setiembre, y concede á un marqués la libertad, sin aceptar el presente que de su honor y su hermosura le ofrece, en cambio, la hija del prisionero. Sócrates manda sacrificar un gallo á Esculapio después de proclamar á Dios único. Rousseau predica los derechos del hombre y preconiza el reinado de la virtud austera, al propio tiempo que abandona á sus hijos en la inclusa. Napoleón siembra de cadáveres la Europa, y reprende á Josefina porque se divierte mirando cómo se ahoga una mosca en una copa de agua. Tórnase en demagogo el absolutista, y vuélvese absolutista el demagogo. No hay que confiar en el valor del intrépido Dupont, cobarde en Bailén, ni fiar en la rusticidad de un guerrillero, vencedor del francés en el Llobregat. ¿Quién hubiera dicho que tenía que morir traspasado por las azagayas de los salvajes africanos el heredero de la corona imperial de Francia y que debían aparecer como traidores á su país los que lo habían defendido bizarramente en otras ocasiones?

No hay que confiar, pues, en que un carácter ó un temperamento sigan la trayectoria que parecían haber proyectado en un principio: mil circunstancias le hacen desviar de la dirección que había emprendido primitivamente.

IV

Durante el camino de Madrid á Arévalo el conde de Latour no había cesado de prodigar á Rosario las más respetuosas muestras de consideración, dando ella por su parte bizarras pruebas de la resolución que formaba la base de su carácter, portándose animosamente ante las múltiples contrariedades que se oponían á su marcha y dificultaban el tránsito.

Llegaron á Arévalo la mañana del 23, pues habían podido atravesar la sierra cuando aun no había caído la nevada que por poco cierra el paso al ejército de Napoleón. Rosario recordaba con melancólica amargura las horas que había pasado con Espinosa en aquel pueblo. En dos años apenas, ¡cuántas novedades! El perseguido teniente se había convertido en respetado brigadier; ella, de animosa compañera de los dos voluntarios disfrazados, había parado por de pronto en querida de un francés; después... ¡sabe Dios en qué! Desaparecían de su memoria los recientes hechos para recordar tan sólo el episodio que ocurrió en el pueblo cuando Espinosa con el grito de *¡Centinela alerta!* salvó la vida al coronel Jimeno, amagado por los trabucos de los sicarios de Kindeland. ¿Qué se había hecho aquella Pilar que servía tan tarde las cenas á D. Ciriaco, ocupada en su cortejo con el soldado Juan del Río? Juguete de la suerte, sentía Rosario anublarse su semblante; pero tanto podía en ella la herida recibida en su amor propio, tanto resentimiento experimentaba con la conducta de su antiguo amante, de tal manera habían torcido los celos y el despecho el ánimo de la joven, que no se enterneció con los recuerdos que evocaba en su espíritu el pueblo de Arévalo, y murmuró con voz sorda y sombría:

—¡Amaba á otra!

V

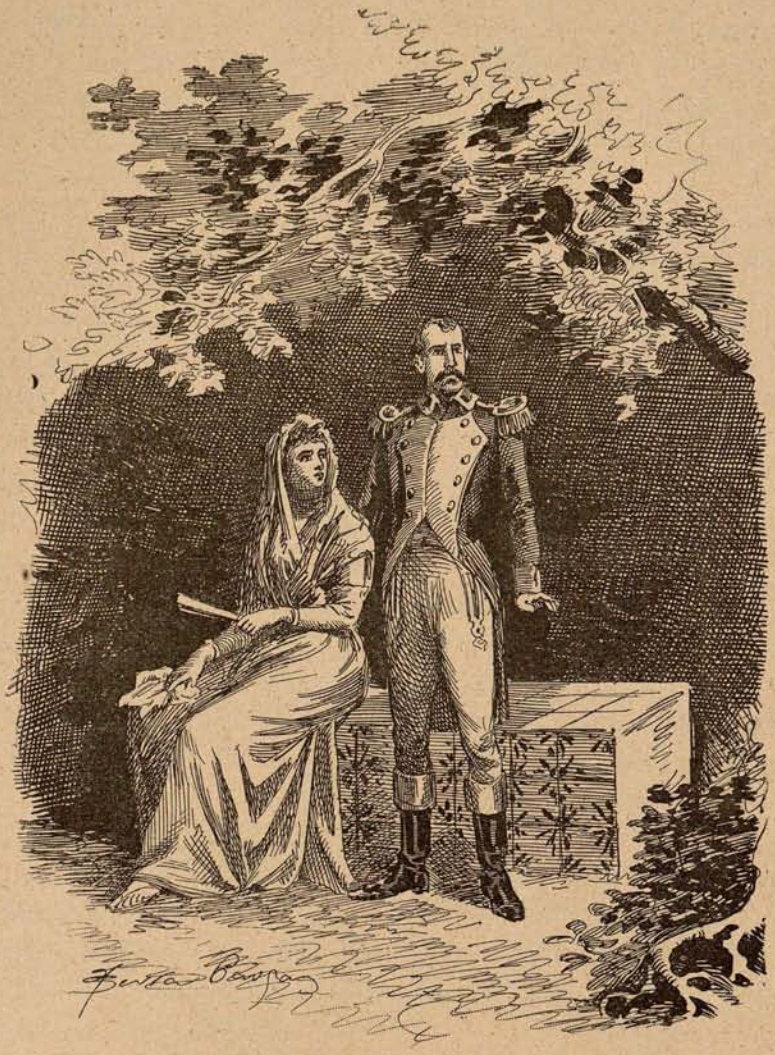
Los dos viajeros se hospedaron en el único parador del pueblo, y después de descansar una hora se disponían á continuar su viaje cuando llegaron varios exploradores franceses y un correo de gabinete. Los exploradores y la escolta del correo eran dragones de Milhaud.

Latour procuró que Rosario se retirase para dirigir algunas preguntas á los soldados acerca de lo que hubiese ocurrido después de su partida respecto al asesinato del capitán Lacroix.

El teniente Hebert, que mandaba la avanzadilla, era un acabado modelo de brutal franqueza, y así contestó á Latour:

—Lo que ha pasado es que un fraile y una monja prepararon una celada al pobre capitán, como nos la hubiera preparado á vos ó á mí, sólo para matar á un francés; pero descuidad, que todo está ya puesto en claro. Yo, que era el encargado de vigilar el convento, para lo cual se formó un cordón alrededor del edificio, vi que entraba un fraile, muy

de mañana, y que celebraba una larga conferencia con la portera. Noté que estaba lleno de sangre su sayal, y que el sayal con que salió estaba limpio, prueba de que lo había cambiado con otro. Mandé no perderle de vista, y al propio tiempo me enteré de que la portera con la que había sostenido tan larga plática por la mañana estaba atacada de una fiebre cerebral. Quise verla y oí cómo decía, delirando, que el fraile andaba enamorado de Sor no sé quién; que el sayal demostraba que Fr. Anacleto era el asesino; que guardaría silencio, como él le había prevenido, y que nadie sabría dónde se halla-



... llegaron varios exploradores franceses y un correo de gabinete.

ba escondido el hábito de marras; que estaban condenados todos por sacrílegos y asesinos; que el muerto había ido al convento á cumplir un voto; y qué sé yo cuántos disparates más. Encarcelé á fray Anacleto; y negándose éste á declarar nada, á pesar de que la portera no cesa de pronunciar su nombre, reunióse la comisión militar y creyó bastante probado el hecho para imponer al miserable cogulla la pena de muerte, mayormente habiéndose enterado del hecho el emperador, que mandó á Belliard se mostrase inexorable. Esto es lo que pasaba en Madrid anteayer á las once de la noche, hora en que salí para prevenir á los pueblos que se preparasen á recibir 60,000 hombres que vienen con S. M. Napoleón Bonaparte.

—¿Está, pues, preso el fraile?—replicó con aire indiferente Latour.

—Preso y tal vez ahorcado ya.

Palideció Latour.

—¿Y el correo de gabinete va hasta París?—preguntó con no menos indiferencia.

—Si: ocurren graves acontecimientos. Parece que

el Austria... en fin, ya sabéis que el Austria... Habrá guerra, hélo aquí. Y ojalá empezara pronto para ver si el emperador nos saca de este maldito país de España, lleno de frailes asesinos y de insurgentes que se permiten no hacer caso de las derrotas que les causamos. Esto es no acabar nunca; pero lo que más siento es que haya hallado aquí la muerte mi bravo capitán, que en Espinosa mató él solo á un general y á dos comandantes cuando pidió se le concediese un puesto de simple tirador.

—¿Cuándo os parece que va á llegar S. M. I.?—repuso el conde.

—Mañana estará aquí, sin duda.

—Y ¿creéis que matarán al fraile?

—Lo matarán, si no lo han muerto ya: sobre el particular no paséis ningún cuidado.

—Está bien, teniente Herber. Sois muy perspicaz: habéis acertado en todo, y merced á vos se hará justicia.

—Gracias, mi capitán; pero cualquiera hubiera podido ser tan afortunado como yo en capturar al culpable. Ya véis que las señales eran inequívocas: un fraile que entra con los hábitos ensangrentados y sale con los hábitos limpios; una monja que lo explica todo en medio de su delirio; una novicia que desaparece, precisamente la misma que la portera cita como la amante de Fr. Anacleto.

Contrájose la fisonomía de Latour, pero se contuvo.

—¿A qué hora emprenderá la marcha el correo?

Dentro de tres horas, á las tres de la tarde.

—Gracias, teniente. Podéis retiraros ya.

El conde Latour volvió á ver á Rosario y permaneció con ella durante largo rato.

VI

Si alguna vez sintió Rosario fijarse en ella una mirada de eterno cariño, fué en aquellos instantes. Había algo en el capitán que le levantaba sobre los demás seres: jamás hubiera creído la española que aquel brillante y hermoso oficial pudiera mirar con tan intensa expresión de reconcentrado amor y dulce tristeza.

La influencia de aquellos ojos, bañados en infinita ternura y llenos de melancólica vaguedad, causó en el alma de Rosario una completa mutación. Al tranquilo cariño que había sentido por Espinosa, al rencoroso despecho que había surgido en su corazón, á la sombría y apática pasividad con que había seguido al capitán á donde él quisiese llevarla, había sucedido un sentimiento que era tal vez el primer amor que sentía realmente, si amor puede llamarse la pasión violenta, arrolladora y dolorosa, preñada de temores y zozobras, inquieta, absurda, punzante y voluptuosa. Sentía Rosario desconocida agitación en todo su ser y oprimía su pecho angustiosa ansiedad. En el fondo de los ojos del capitán brillaba una luz que vacilaba como á impulso de recio vendabal. Rosario presentía algo: estaba cierta de que amaba á Latour, de que le idolatraba, de que él era su alma, de que era adorada como jamás la había adorado Espinosa ni pudiese adorarla otro hombre alguno.

Veía á sus pies al capitán, que no apartaba sus ojos de los suyos, que parecía contar los minutos como si los perdiese, sin dejar de contemplarla ni un momento, ni un instante; y en el fondo veía una luz que vacilaba, y á veces creía que la voz del joven se apagaba como si fuese á perderse en el inmenso espacio.

Una oleada violenta de impalpable éter juntó las cabezas de los dos jovenes y selló sus labios, que murmuraron á la vez ardientes palabras de infinito amor.

VII

¿Cuánto tiempo hubiera durado aquel éxtasis de dos corazones, aquel trasporte, aquella enajenación de dos almas?

Habían sonado dos campanadas en un reloj y el capitán se había estremecido. Como si aquellos dos sonidos hubieran sido un toque de alarma, una señal de espantosa desgracia, Latour oprimió contra su corazón á Rosario cual si quisieran arrancársela. No fué aquel abrazo amoroso rapto de un enamorado, sino azorado ademán de desesperada víctima. Cubría el semblante del capitán, mortal palidez que contrastaba con la ruborosa cara de la joven. Latour apartó dulcemente con la mano la frente de Rosario, volvió á sumergir su mirada en el fondo de los ojos negros de su amante, y miróla, miróla hasta que un apasionado beso de la joven le sacó de aquella arrebatadora contemplación.

—Rosario,—balbuceó, sin acertar á dominar su

emoción,—por esos soldados he sabido que mis compañeros de armas están sufriendo rudas penalidades que yo no comparto. Por infinito que sea mi amor, comprendo que hago falta en mi puesto.

—¡Alejarte de mí!—exclamó Rosario.

—¡No, no es alejarme!—repuso Latour.—Será una separación breve, brevísima.—Y decía esto temblando.—Pero antes de que me incorpore al regimiento, he de legitimar nuestra unión.

—Tú quieres ocultarme algún terrible misterio, —contestó Rosario.—Dímelo todo, que para todo tendré valor. Mátame si quieres, muramos los dos, pero no me abandones.

—Nada te oculto, vida mía; pero no quiero ni puedo consentir que ni por un momento más pueda dejar de llamarte mi adorada esposa. Ven, ven, amada mía, y que una el cielo nuestras existencias, unidas ya antes por inmortal amor.

Casi arrastrándola medio desmayada, salió el capitán con Rosario, habló al teniente Hebert y al correo de gabinete, y fuéronse los cuatro á la iglesia.

El conde de Latour previno al cura lo que ocurría y le pidió sin pérdida de tiempo procediese á la bendición nupcial.

Resistióse el párroco; pero tales razones expuso el capitán, que se consagró su unión *sub-conditione*. La ceremonia fué corta y triste. La luz entraba apenas al través de las altas ventanas de sombríos vidrios, opaca y melancólica. Ardían con trémula y rojiza llama dos amarillentos cirios ante la imagen del Crucificado, y reinaba en el templo profundísimo silencio y soledad.

Acto seguido pidió al cura extendiese la partida de matrimonio y salieron todos del templo.

Daban las tres.

Latour rogó al correo de gabinete detuviese algunos minutos la partida.

—El correo cedió, en tanto que enganchaban las mulas en la silla de posta en que habían llegado por la mañana los dos amantes.

El capitán pidió recado de escribir, trazó algunas líneas en un papel, cerró el pliego y lo entregó al jefe de la estafeta.

—Os llevaréis á París á mi esposa,—le dijo,—la dejaréis con toda seguridad en mi casa, y al despediros de ella le entregaréis este pliego. Os encargo que la tranquilicéis por el camino si acaso demostrase natural inquietud por mi suerte. Sería fácil creyese que corro algún peligro, y en tal ocasión no ceséis de prodigarle toda clase de cuidados y consuelos. Cuento con vuestra discreción y vuestra lealtad, y además os lo suplico como buen amigo.

El correo contestó que cumpliría puntualmente las órdenes del capitán.

—Como recuerdo mío, conservad esta sortija,— añadió Latour, entregándole una preciosa esmeralda rodeada de gruesos brillantes.

No quería aceptar joya de tal precio el correo, pero Latour insistió, y por último se quedó con ella el pobre ambulante, que no sabía qué pensar.

VIII

Rosario, deshecha en llanto, viva imagen de la desesperación, yacía desfallecida y sin aliento. Latour se acercó á ella y exclamó:

—Sois ya mi esposa: he visto logrado el colmo de la dicha pudiendo llamaros de este modo. Mi primera palabra ahora es una súplica: la súplica de que os pongáis en camino para París y aguardéis mi vuelta en nuestra casa. No paséis por mí cuidado alguno, pero no puedo faltar á mi honor y cometería una indignidad si no hiciese lo que el honor reclama.

Rosario, pálida y sin aliento, se levantó, y con voz que parecía un gemido murmuró:

—Mandadme qué he de hacer.

—Partir con la escolta que acompaña al correo de gabinete.

Rosario miró al conde, y, esforzándose violentamente, contestó:

—Partiré.

—Vamos,—dijo Latour.

Cogida del brazo del capitán, se fué aproximando á la silla de posta sin poder andar apenas.

El capitán la hizo subir, y cuando consiguió que quedara sentada le entregó un papel.

—Guardadlo, condesa,—exclamó;—es nuestra fe de casamiento. En París quedaréis sola: disponed de todo á vuestro arbitrio. No tengo padres ni parientes: sólo á vos y...

El capitán se acercó luego y murmuró en su oído algunas palabras.

Y al decirlas había sonreído.

Besó á la joven en la frente y luego saltó del coche huyendo.

Resonó un grito agudísimo, desgarrador, y al mismo punto repicaron alegremente las campanillas de las enjaezadas mulas, que salían al trote por la carretera de Valladolid.

IX

El conde de Latour volvió á la posada y se cerró en su cuarto.

Por hombre que fuese, por avezado que estuviese á los azares y peligros de la guerra, por entero y sufrido que demostrase ser en su carácter, no pudo evitar que se le escapasen las lágrimas de sus ojos al contemplar el retrato de Rosario, que ella había dejado sobre la mesa del cuarto de su esposo movida por doloroso presentimiento.

No había otro remedio.

En un calabozo de la cárcel de Madrid había un infeliz religioso, un amigo suyo, que esperaba la hora de subir á infamante patíbulo como reo de asesinato.

Y aquel religioso, aquel amigo suyo, era inocente, y él lo sabía y lo podía probar y salvarle.

Podía probarlo, pero ¿á qué precio?

Delatando á la mujer amada, haciéndola condenar á muerte; porque el tribunal, siguiendo las órdenes del emperador, se había de mostrar inexorable.

Y el fraile, además de no poder demostrar su inocencia por falta de pruebas y por conjurarse en cambio contra él todas las apariencias, tenía los labios sellados por el secreto de confesión. El fraile sabía que sólo diciendo un nombre podía salvarse, y, sin embargo, no lo decía, no lo dejaba sospechar siquiera, no lo diría jamás, y sufriría resignado su afrentosa suerte por no mancillar sus labios violando un secreto.

Ni el fraile ni Rosario debían morir.

El uno era inocente, la otra era su mujer. Si ella no hubiese muerto á Lacroix, Lacroix le hubiera muerto á él.

Por lo tanto á ella le debía la vida.

¿Y el pobre fraile?

¡Oh, qué felicidad inmensa poder vivir con Rosario, compartir con ella todos los instantes, enloquecer con sus caricias, embriagarse ante su hermosura!

¡Pero á todas horas se interpondría entre los dos la fatídica sombra del ajusticiado, con los labios cerrados y acusadora la mirada, señalándoles con el dedo, mudo y horrible!

El y ella sabían que Fr. Anacleto estaba puro de toda mancha y lo habían dejado conducir á la horca y consentido que se dijese que había asesinado á un hombre dándole uua puñalada por la espalda.

¡No! ¡Jamás tanta infamia!

Salvando al fraile, todo lo perdía sin embargo: sus sueños de gloria, aquella felicidad de que sólo por breves instantes había gozado: dejaba una viuda sin consuelo, y ¡suerte cruel! tal vez otro ser.

¡Hubiera sido tan dulce la vida con aquella hermosa criatura! ¡Le habría amado ella con tanta ternura! ¡Qué besos los suyos tan apasionados, qué palabras tan ardientes las que le dirigía, qué frases tan arrebatadoras, qué miradas tan amorosas!

Aun la veía en pie, blanca, pálida, caída la cabeza, caídos los brazos, cruzadas las manos enrojecídas de sangre, semicerrados los ojos, inmóvil como una estatua, siniestra como la imagen de la venganza, con un cadáver á los pies y junto á él un puñal ensangrentado que brillaba en la oscuridad lanzando acerados reflejos y que él recogió después.

Y volvía á verla irritada y ceñuda como una leona herida, callada y taciturna, sombría, sin proferir una queja al tener que hollar con sus pies la espesa capa de nieve del camino, sin hablar una sola vez en la continuada marcha.

Y se le aparecía de nuevo pocas horas antes, cuando sus labios le habían dicho *te amo*, cuando salía aquel fuego de sus ojos, aquel hálito de sus abrasados labios, cual lava ardiente que de pronto se precipita del cráter de dormido volcán; se le aparecía en la plenitud de la explosión de sus latentes sensaciones; parecíale que sentía los efluvios de sus ojos, el tibio sedoso roce de sus cabellos, el estremecedor contacto de su mano, el timbre de su voz, su aliento, su perfume.

¡Todo lo había perdido! ¡Amor, gloria, felicidad, y ¡ay, triste! el honor quizás!

X

Su resolución estaba tomada desde que el teniente Hebert había comenzado á hablar.

Dar la vida no era hacer ningún sacrificio: era cumplir con el deber.

A darla, pues: su memoria viviría honrada en el pecho de un santo y en el de una amante esposa.

Latour escribió una carta al general Belliard, la cual decía así:

«Mi general: Está sujeto á la comisión militar un fraile llamado Fr. Anacleto, acusado de haber dado muerte al capitán de dragones M. Carlos Lacroix-Dupuy. El matador he sido yo, y nada tiene que ver en el asunto el acusado, que es inocente. Yo me vestí su sayal para penetrar de noche en el convento. Buscad el hábito, que debe estar en poder de la madre tornera, y encontraréis en uno de sus bolsillos un puñal ensangrentado con mi escudo de armas y mis iniciales. Debo ser, pues, condenado á muerte como autor de ese asesinato y puesto en seguida en libertad el inocente fraile, rogándoos me permitáis que calle los motivos que tuve para no batirme con el difunto capitán y matarle indefenso, pero suplicándoos á la vez que creáis bajo mi palabra de honor que fué debido á una verdadera fatalidad. Respecto á la novicia que desapareció del convento, hoy se ha unido conmigo en matrimonio y para nada hay que pedirle cuenta de mis acciones, buenas ni malas. Cuando recibáis la presente habré cumplido ya con lo que la conciencia y el honor me imponen, quedando satisfecha la justicia. Siento no haber podido perder la vida en el campo de batalla, pero estoy seguro de que no me negaréis la estimación debida á quien muere como un caballero.—*El conde Mauricio Latour-Duchesne, capitán de cazadores de á caballo de la Guardia Imperial.*»

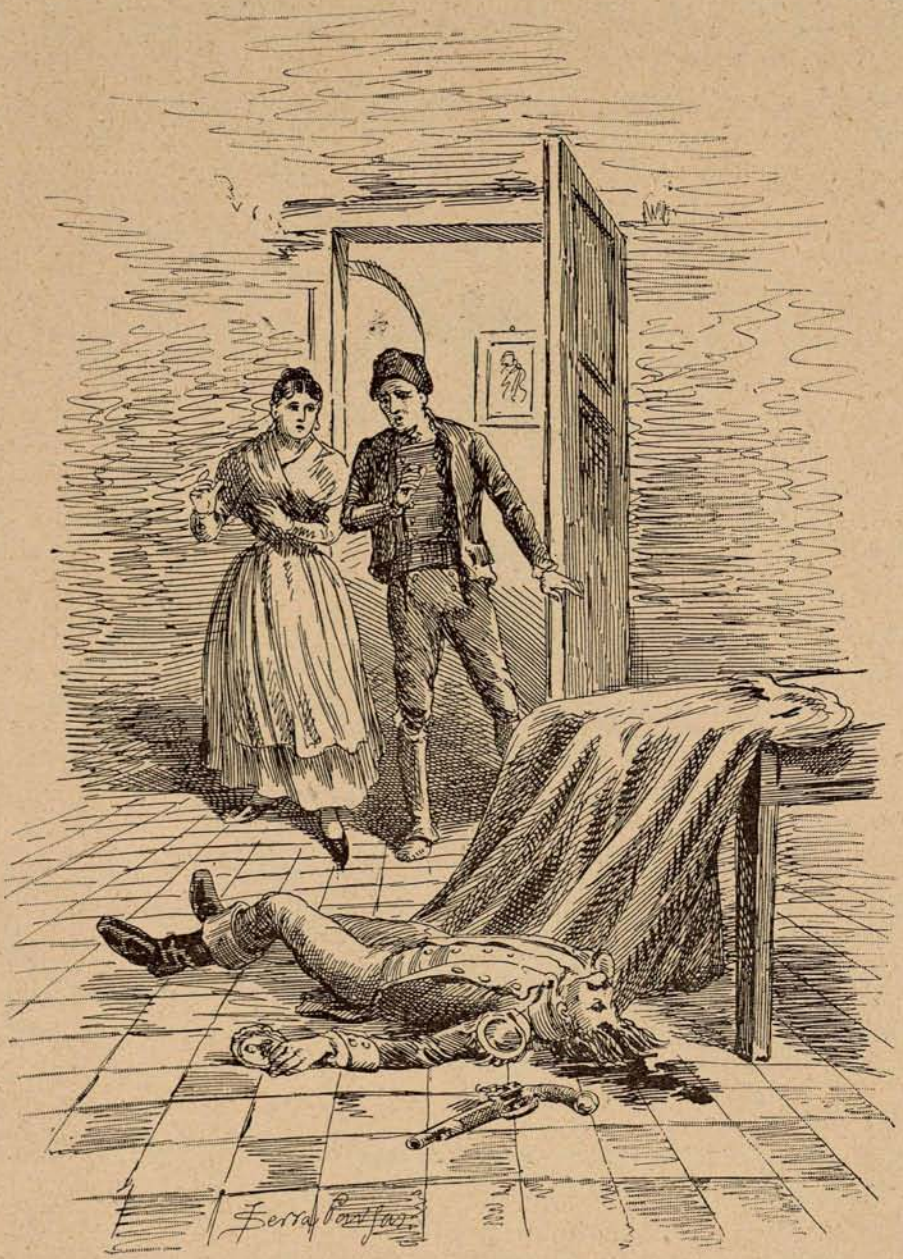
Fray Anacleto

Luego que el conde hubo sellado esta carta, fué á ver al teniente Hebert.

—¿Podríais disponer de dos de vuestros soldados para llevar un despacho urgente á Madrid?—le dijo.

—No hay la menor dificultad, capitán Latour,—contestó el teniente.

—Pues en tal caso haced que sin pérdida de tiempo partan los que tengan mejores caballos y entreguen este pliego al general Belliard.



—¡Tiene un retrato de mujer en la mano!—dijo la hija del posadero.

Acto seguido destacó el teniente dos dragones y salieron á escape en dirección á la heroica villa, cruzándose en el camino con la columna del emperador.

Hebert salió con las demás fuerzas al dar las cinco

—Sí,—contestó éste.

—¿Se os ofrece algo más?

—Nada más sino daros las gracias, mi buen amigo.

—Adiós, pues. Que la suerte os proteja y que

regulares de los 16,000 que mandaba. Había, pues, 31,000 soldados anglo-hispanos y 2,500 caballos con que presentar batalla ó atacar á Soult, que andaba con solos 18,000 hombres por aquellos contornos y que empezaba á retroceder receloso de un copo como el de Bailén; pero no querían los ingleses internarse, y así, en vez de perseguir al francés, emprendieron subrepticiamente la retirada hacia Galicia, tratando de que no les alcanzase Napoleón.

Tal temor jamás lo sintieron los generales españoles, como jamás esquivaron tampoco los encuentros de modo que se faltase á lo que prescribe el decoro del caudillo; pero era entonces moneda corriente darse por vencido ante la presencia de Napoleón y no pertenecía John Moore á la raza de los Wellesleys, los Palafox y los Romanas para dejarle de tener un respeto cerval al *Ogro de Córcega*.

IV

Mostróse entonces D. Pedro Caro gran patriota, profundo estratégico y excelente general, lleno de decisión y de prudencia á un tiempo: aconsejó al general inglés planes de defensa perfectamente calculados, portóse con dignidad en la ardua situación

Lo más chusco del caso era que el buen John Moore, al apelar á la *honrosa estratagema* de la fuga, escribió al gabinete británico que si había levantado su campo para ver de embarcarse (si podía) era después de haber ejecutado *una gran maniobra* y de haber prestado un incalculable beneficio á la causa española, mediante á que, atrayendo á Napoleón hacia el Norte, quedaba libre el Mediodía y se daba tiempo á las provincias del Sur para que se reorganizaran.

¡Picarillo! ¡Poco se figuraría Napoleón que abrigara tan maquiavélicas intenciones aquel rayo de la guerra!

Los nuestros fueron sorprendidos por el general Franceschi por no haber querido cortar La Romana el puente de Mansilla, lo cual era más digno de elogio que de censura, pues no juzgó patriótico aquel digno general destruir una obra tan costosa. Hartos disparates hizo en este concepto D. Gregorio de la Cuesta, gran malbaratador de puentes (y lo peor es que formó escuela, siguiéndole en tan fatal *puentofobia* algunos generales que figuraron en las posteriores guerras civiles). Si pudo La Romana cometer una falta estratégica, prestó en cambio un buen servicio al país conservando una obra útil. No